

hecho de que americanos y españoles de todas las profesiones y tendencias políticas se sentaran a trabajar juntos sobre materiales comunes a ambas orillas del Atlántico, como son el Derecho y la Lengua, supuso un paso importante en el conocimiento y comprensión de pueblos que llevaban cuatrocientos años de enfrentamiento ininterrumpido (conquista, colonización e independencia).

CARMEN CAYETANO MARTÍN
PILAR FLORES GUERRERO
CRISTINA GALLEGO RUBIO

Canto a Cortés en Ulúa, en 1808

A los leyentes

Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita. Por ende no hay que recomendar la nuestra, sino avisar cómo es tan apacible cuanto nueva por la variedad de cosas y tan notable como deleitosa por sus muchas extrañezas. El romance que lleva es llano y cual agora usan, la orden concertada e igual, los capítulos cortos por ahorrar palabras, las sentencias claras aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan. Si algún error o falta hubiere, suplido vos por cortesía, y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia.

(FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia General de las Indias*.)

Desde los primeros poemas existentes es indudable que los grandes acontecimientos tienen su reflejo literario, contemporáneo o no, en la memoria del pasado. Y ésta lo mismo puede ser oral que poética o *histórica* porque, en realidad, *toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita*. Desde el punto de vista de la poesía la recreación del pasado cobra en España un auge especial desde el prerromanticismo —antes y después de 1808—, hasta el extremo de que una de las características más genuina de la poesía

española respecto de la europea, en la época del romanticismo, es la de su inclinación hacia lo narrativo, lo épico y lo legendario sobre lo lírico¹. El sentimiento poético del pasado se une al gusto por lo heroico que se canta, influenciado no en pequeña medida por la coyuntura histórica, y ello dará lugar a una auténtica «historiografía» poética muy particular², de la que uno de sus reflejos puede ser un patriótico *Canto a Cortés en Ulúa*, impreso en México en 1808.

Hernán Cortés en la «historiografía ficticia»

La recreación de la gesta del conquistador de Nueva España fue un tema del gusto tanto de la Ilustración como del Romanticismo, aunque tratado con sentimiento y estilo bien diferente. Los mismos europeos de la época «revivieron» al héroe, que se convirtió en una figura querida y odiada, aunque siempre admirada en su grandeza³. En España, tanto en el XVIII como en el XIX, los poetas cantaron a Cortés. De 1755 es el poema épico la *Hernandía*, debido a Ruiz de León. Incluso en 1778 la Academia Española abrió un concurso sobre el tema de *Las naves de Cortés destruidas*, a cuyo premio optaron 43 poemas, entre los que se encontraba uno firmado por Moratín que no resultó vencedor. Y veinte años después, Escoiquiz publicaba su *México conquistada*, en tres volúmenes. Con posterioridad, el conquistador, ya en plena época romántica, será cantado como un «noble joven gallardo» por el duque de Rivas en sus *Romances*, o por Hurtado en su *Romancero de Hernán Cortés*, de 1847⁴. Y lo mismo ocurrirá en el drama de la época⁵ o en la música teatral, hasta el punto de que, junto con el Cid o don Quijote, se convertirá en uno de los asuntos hispánicos predilecto de vates y músicos⁶. De 1733 data la ópera más antigua perteneciente al tema cortesiano, debida al gran veneciano Vivaldi, que la tituló *Montesuma*. Y justo un siglo después, en los carnavales de 1833, el melodrama de *Fernando Cortés* era representado de Milán⁷. Lo mismo ocurre

¹ Don Juan Valera, en un agudo y extenso ensayo sobre *Poesía lírica y épica del siglo XIX* (en *Obras completas*, Ed. Aguilar, Madrid, 1949, II, 120 y ss.), puso ya de relieve cómo hasta mediados de siglo lo épico y el gusto por lo histórico heroico priva en los autores y en el público de manera absoluta.

² La poesía, de la misma manera que el teatro o la novela, no dejan de ser —fruto de la preocupación historicista de la época— formas peculiares de una *historiografía* «ficticia e imaginativa» (cfr. MANUEL MORENO ALONSO, *Historiografía romántica española*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1979, pp. 67-107).

³ Sobre este particular me he ocupado en una ponencia presentada al VIII Congreso de Estudios Extremeños, en conmemoración del V Centenario, con el tema de «El diálogo de los muertos entre Hernán Cortés, y la imagen romántica del conquistador en Inglaterra» (10-13 octubre 1985).

⁴ Cfr. JAIME DELGADO, «Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVII y XIX», *Revista de Indias*, IX (1948), núms. 31-32, pp. 393-470.

⁵ Cfr. JORGE CAMPOS, «Hernán Cortés en la dramática española», *Revista de Indias*, IX, 171-198.

⁶ Cfr. JOSÉ SUBIRÁ, «Hernán Cortés en la música teatral», *ibidem*, pp. 105-126.

⁷ *Fernando Cortés. Melodramma in due Atti da rappresentarsi nell'Imp. Regio Teatro sella Scala il carnevale dell'anno 1833*, Milano, per Luigi di Giacomo Pirola, 36 pp. (en el *British Museum*, 11714.aa.26). Al comienzo, el coro de los soldados mexicanos exclamaba:

*Nel petto di quei barbari
e ignota la pietá.
Se dell'Iberia il fulmine,
lo sdegno di Fernando
passa, passando estermína*

también con la novela, aunque cuando Telesforo de Trueba y Cossío emprende la tarea se decide, por escrúpulos historiográficos, a privar la veracidad histórica sobre la fantasía⁸.

El canto de 1808

El 15 de octubre de 1808 obtenía la licencia de impresión, en la ciudad de México, un epinicio con el título de *Canto a Cortés en Ulúa*, que se publicaba en la imprenta de Arizpe⁹. El editor para su presentación utilizaba el recurso literario de atribuírselo tan sólo ficticiamente a G... de Aguilar. Constituido por un total de 120 octavas numeradas y de un breve prólogo, el *Canto* carece de paginación y va precedido de un epígrafe de Virgilio referente a *Thule*, «con la idea que entonces tuvieron de ser voz corrompida en latín del Culhúa Indiano, y quizá de Tula, que es el país o ciudad originaria de los mexicanos»¹⁰. Según confesión del autor, con el *Canto* se complacía en elogiar «por mi medio a Hernán Cortés; porque es un héroe a quien amo y venero, especialmente desde que habito en México». Esta indicación, unida a la fecha tan representativa del momento en que aparecía, es una clara muestra del sentimiento patriótico que conmovió a los españoles de ambas orillas del Atlántico a raíz de la «conquista» de la Península por las tropas napoleónicas¹¹. Eran aquéllos unos momentos en que las imprentas de México vomitaban contra la invasión francesa¹², comparando a los invasores con las chinches¹³, o dirigían manifiestos a las potencias de Europa concitándolas a tomar las armas contra el enemigo común¹⁴. Incluso la misma imprenta de Arizpe, desde el principio, se señaló para dar «el grito de la Patria en un alarma general (que)

urtando... rovesciando.
Vulcan che bolle ardente,
devastator torrente,
fiero così non é.
Oh! giorno!... ah! Tristi! Ah! Miseri! (p. 8).

⁸ *Life of Hernán Cortés*, Edinburg, 1829. «I have been careful to set down my authority for every event of the least importance. The number and respectability of my references, will show my anxiety of this point... I have been extremely scrupulous with regard to facts; and for the rest, I humbly hope no one will blame me for not having written the extraordinary and romantic deeds of Hernán Cortés in the style and manner of a Bulletin or Gazette» (pp. 1-2).

⁹ En *British Museum* (BM), 9180 e 5/39.

¹⁰ *Thule*, «voz mexicana, equivalente a nuestra Espadaña Ova o Enca, abundantísima en todas las orillas de las infinitas Lagunas Americanas», constituyó todo un mito durante la antigüedad (recordado por SENECA en *Medea*, 375-9) y el Renacimiento, que fascinaba todavía a Francis Bacon cuando hablaba de las profecías (cfr. la edición de sus *Essays*, de Penguin Classics, 1985, p. 169).

¹¹ De este particular me he ocupado ampliamente en «El sentimiento nacionalista en la historiografía española del siglo XIX», en *Actes du Colloque international sur Nation et Nationalités en Espagne* (XIXe-XXe s.), París, Fondation Singer-Polignac, 1985, pp. 63-122.

¹² *Antipolítica francesa o vindicación de las injurias que ha sufrido España*, reimpresión de México, 1808 (BM. 9180.e.5/18).

¹³ *Las Chinches de la Europa, o comparación de los franceses con este odioso animal*, México, Imp. de C/. del Espíritu Santo, 1808 (BM. 9180.e.5/22).

¹⁴ *Manifiesto dirigido por un Español Americano a las Potencias de la Europa agraviadas, concitándolas a tomar las armas contra el enemigo común Napoleón primero*, reimpresión en México (BM. 9180.e.5/20).

aviva el entusiasmo de sus amigos»¹⁵, mateniéndolo aún en la tardía fecha de 1820¹⁶. El *Canto a Cortés en Ulúa* muy bien podía representar la postura españolista frente a la escuela formada en México para «denigrar la memoria de Hernán Cortés y de los que le acompañaron en la conquista», que tuvieron como «declarado campeón» al general Tornel y a algunos «poetastros» calumniadores del conquistador¹⁷. La poesía se convertía en arma de combate, pues escribir, a partir de 1808, significaba luchar¹⁸.

El poeta de Ecija

El *Canto* de 1808, a juzgar por la nota del editor, no se había compuesto en México, sino que se lo había enviado «un pariente de los que tengo en la ciudad de Ecija, hombre de muy buenas creederas». Se lo enviaba para que lo imprimiera en Nueva España «porque el señor que se lo ha dado, que es Andalúz, le dijo haberlo encontrado en el Archivo de su antigua y noble casa y que creía que el nombre puesto al frente de G. de Aguilar, puede ser de aquel Gerónimo de Aguilar Ezijano, a quien rescató Hernán Cortés en Cozumel, y llevó siempre a su lado de intérprete». Desde luego, el que en Ecija hubiera hombres de *muy buenas creederas* era algo que a los habitantes de la ciudad no podía discutirse después de haber visto allí el sol, el gran Vélez de Guevara, autor de *El diablo cojuelo*, que la había cantado como «la más fértil población de Andalucía»¹⁹. Pero la belleza de la ciudad y su misma fertilidad no quitaba el que no fueran pocos los que emigraron a las Indias en busca de mejor fortuna, como le sucedió a Aguilar o al mismo autor (anónimo) que cantaba a Cortés en 1808²⁰. Las *buenas creederas*, por otra parte, se pondrían de manifiesto en la actitud heroica de sus habitantes frente a los franceses durante la Guerra de la Independencia, iniciada precisamente en 1808²¹. Pero el au-

¹⁵ *El Clamor de España. Dirigido a los habitantes de la América Española por un humilde vasallo de Fernando VII*, México, Impo. de Arizpe, 1809 (BM. 9180.e.5/35).

¹⁶ *El Becerro, hijo del buey manso, o el criollo agradecido a la nación española*, México, en la Oficina de don Juan Bautista de Arizpe, 1920 (BM. 9770.bb.2/2).

¹⁷ Cfr. JAIME DELGADO, *Hernán Cortés en la poesía española*, cit., pp. 395 y ss.

¹⁸ Cfr. MANUEL MORENO ALONSO, «La cultura en el tránsito entre el Antiguo y el Nuevo Régimen», en *Historia general de España y América*, Madrid, 1982, t. XII, 125-143.

¹⁹ *Gran enciclopedia de Andalucía*, p. 1322.

²⁰ Junto a las excelencias de la ciudad reconocidas también por extraños de «creederas» más críticas era evidente que la población de Ecija en los años anteriores a 1808 tenía que hacer frente a dificultades que llevaron a no pocos a emigrar a América. El barón de Bourgoing, en su «Paseo por España durante la Revolución francesa», que «sus habitantes por lo demás ignoran casi la industria, en que descollaban sus antepasados» (en *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Ed. Aguilar, 1962, III, 1032). Y Townsend, por el mismo tiempo, a su paso por la comarca observará que «el precio de los arriendos es elevadísimo en los alrededores de Ecija. Ascende ordinariamente a dos *boiseau* de trigo y uno de cebada por cada uno de simiente, o si es pagado en dinero, no lo es inmediatamente al poseedor de la tierra, sino a ricos corredores rurales que son como subarrendadores y de los que por eso los granjeros no pueden esperar rebaja ninguna. Si las granjas están cerradas por setos, son calculadas más alto que las que están abiertas, porque estas últimas están sometidas al pasto por los corderos merinos, en tanto que en las primeras el granjero puede tomar como indemnización una quinta parte de los corderos que atraviesan el cierre. Esta ley es una fuente continua de querellas» (en *Viajes de extranjeros*, III, 1529).

²¹ Cfr. MANUEL MORENO ALONSO, *Historia general de Andalucía*, Sevilla, Ed. Argantonio, 1981, pp. 396 y ss.

tor, buen conocedor de la mentalidad andaluza en general y ecijana en particular, se permitía hacer la observación de que «más acostumbrado (yo) que mi pariente a oír las críticas cortesanas; y sabiendo que dice un refrán de Ezija: 'El que no tiene nombre, Aguilar se pone', lo publico por no creerle hallado en el Archivo del Caballero Andaluz; ni el Canto producción de aquel Gerónimo Aguilar; ni tampoco obra hecha tres siglos hace: *sino que me complazco en que se elogie por mi medio a Hernán Cortés*».

Recuerdos de Jerónimo de Aguilar

De cualquier forma, y a pesar de las anteriores observaciones, el *Canto a Cortés en Ulúa* aparecía bajo la advocación nominal del ecijano G... de Aguilar, como si éste lo hubiera escrito tres siglos antes y hubiera dormido desde entonces en el Archivo del Caballero Andaluz. Ni que decir tiene que el poema, que confesadamente no era «producción de aquel Gerónimo Aguilar», muy bien podía servir de nexos argumental con otra época, con unos acontecimientos heroicos bien vividos o cantados o con una ciudad, cuna a su vez de dos grandes cortesianos de Ecija, que de manera distinta hacen de *intérpretes* de la gesta del conquistador. Del primero es el mismo Cortés quien en sus *Cartas de Relación* nos da detalles del tal Aguilar: «el qual nos contó la manera como se perdió, el tiempo que hacía que estaba en aquel cautiverio... Desde Jerónimo de Aguilar fuimos informados que los otros españoles que con él se perdieron en aquella carabela que dió al través, estaban muy desparramados por la tierra; la qual nos dijo que era muy grande, y que era imposible poderlos recoger sin estar y gastar mucho tiempo en ello»²². López de Gómara nos dice de él que cuando se encontró con los españoles de la expedición de Cortés se presentó diciendo que «yo me llamo Jerónimo de Aguilar y soy de Ecija»²³, después de preguntarles a aquéllos si eran cristianos, y si era miércoles «ca tenía unas horas en que rezaba cada día». Porque lo vieron hablando maya, lo tomaron al principio por indígena porque —como relata también Bernal Díaz del Castillo— «el Aguilar ni más menos era que indio—, y, en la versión de este último, «mal mascarado y peor pronunciado, dijo: Dios, y Santa María, Sevilla»²⁴. Y desde entonces fue él quien *declaraba en castellano* a Cortés los discursos de los indios. Establecido con posterioridad en México, ocupó diversos cargos y se cree que murió hacia 1527.

²² «Cartas de Relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España», en *Historiadores primitivos de Indias*, Ed. BAE, Madrid, 1925, XXII, 5.

²³ FRANCISCO LÓPEZ GÓMARA, «Hispania Victrix. Primera y Segunda Parte dela Historia General de las Indias», en *Historiadores primitivos de Indias*, ed. cit., XXII, 304. «El otro se adelantó, hablando a sus compañeros en lengua que los españoles no entendieron, y dijo en castellano: 'Señores, ¿sois cristianos?' Respondieron que sí, que eran españoles. Alegróse tanto con tal respuesta, que lloró de placer. Preguntó si era miércoles, ca tenía unas horas en que rezaba cada día...»

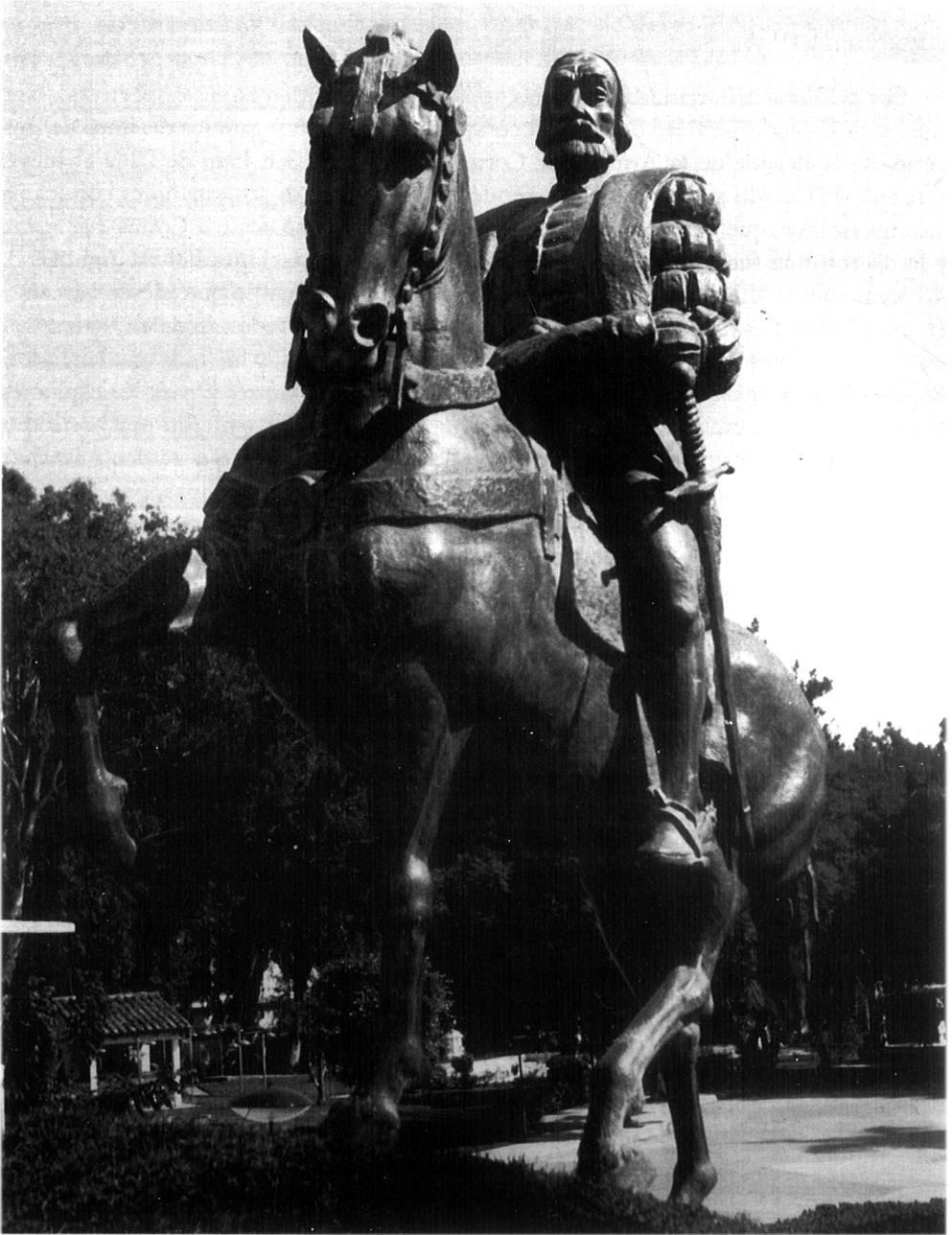
²⁴ «Verdadera historia de los sucesos dela conquista de la Nueva España», por el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores, en *Historiadores primitivos de Indias*, t. XXVI, cap. XXIX, p. 24. «E Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos; y el Andrés de Tapia, como los vio que eran indios (porque el Aguilar ni más menos era que indio)..., después que hubieron saltado a tierra, el español, mal mascarado y peor pronunciado, dijo: '¡Dios, Santa María, Sevilla!', y luego le fue a abrazar a Tapia. y él dijo, *aunque no bien pronunciado*, que se decía Jerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio; que había ocho años que se había perdido.»

Por encima de todo el ecijano fue, junto con la *cacica* doña Marina, el que hizo posible el diálogo de Cortés con los representantes de Montezuma en Ulúa.

Ulúa en 1519

Los *primitivos* historiadores de Indias, todos ellos, coinciden en sus respectivas narraciones en la gran significación, para la conquista de México y para los destinos del Imperio, de la llegada de la Armada de Cortés al puerto de San Juan de Ulúa el Jueves Santo de 1519. Allí se produjo el trascendental encuentro de los españoles con los indios mexicanos, que venían en *canoas* y que «hicieron mucho acato a Cortés a su usanza, y le dijeron que fuese bien venido», gracias a las interpretaciones del tal Aguilar. Al día siguiente, el Viernes Santo, recuerda Bernal Díaz del Castillo que «desembarcamos en unos montones de arena, que no había tierra llana, sino todos arenales, y asestaron los tiros como mejor le pareció al artillero, que se decía Mesa, y hicimos un altar, adonde se dijo luego misa, e hicieron chozas y enramadas para Cortés y para los capitanes. Y en esto se pasó aquel viernes». Al día siguiente, el sábado, vinieron muchos indios enviados por «un principal que era gobernador de Montezuma, que se decía *Pitalpitoque*, que después le llamamos Ovandillo», y trajeron presentes: gallinas, pan de maíz y ciruelas. «Y Cortés les dijo con nuestràs lenguas que fuesen bien venidos, y los abrazó, y les mandó que esperasen, y que luego les hablaría, y entretanto mandó hacer un altar lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dijo misa cantada fray Bartolomé de Olmedo. Y oído misa, comió Cortés y ciertos capitanes de los nuestros, y los dos indios criados del Montezuma. Y alzadas las mesas, se apartó Cortés con las dos nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar, con aquellos caciques, y les dijimos cómo éramos cristianos y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Carlos, y que tiene por vasallos y criados a muchos grandes señores»²⁵. Ulúa significa el contacto pacífico y admirable entre dos pueblos orgullosos de sí mismos, de su procedencia divina (recuérdese el pasaje posterior, capítulo XXX, cuando un español le habló a Cortés de adentrarse en busca de oro y éste «le dijo, riendo, que no venía él para tan pocas cosas, sino para servir a Dios y al Rey»), confiados en el destino, y que dialogaban en armonía sobre el presente y el futuro después de darse mutuamente la bienvenida. En un momento en que el *embajador mexicano* exponía que «su señor Montezuma es tan gran señor que se holgara de conocer a nuestro gran rey», según Tendile «que era más entremetido indio» que Pitalpitoque, y Hernán Cortés daba las gracias «con buen semblante», después de *muchos ofrecimientos y de abrazarle*.

²⁵ Cfr. cap. XXXVIII, p. 32, de Bernal Díaz del Castillo. Finalmente, y antes de «Cómo Cortés envió a buscar otro puerto y asiento para poseer?» (cap. XL), Cortés «les tornó a dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dio a cada gobernador dos camisas de holanda... y les rogó que volviesen por su embajador a México a decir a su señor el gran Montezuma que, pues habíamos pasado tantas mares y veníamos de tan lejas tierras solamente por le ver y hablar de su persona a la suya, que así se viese, que no le recibiría de buena manera nuestro gran rey y señor, y que adonde quiera que estuviese le quiere ir a ver y hacer lo que mandare» (p. 34).



Estatua de Hernán Cortés en Cuernavaca (México)

Rememoración poética del pasado

En la nota del editor que precede al *Canto* de 1808, señala éste —el presunto poeta de Ecija— que «la fábula del poema es tan verdadera y, al mismo tiempo, tan bien fingida que ni los poetas ni los historiadores tendrán que reprochar en ella». Y cita naturalmente las fuentes: López de Gómara, Herrera, Solís y Bernal Díaz del Castillo, a quien «no se dexa de preferir, aunque su lenguaje sea menos florido». Señala también que la *invención* del poema es *originalísima* «por la clasificación de caracteres, por la valentía de los razonamientos, por la gradación de mayor interés hasta su fin, por la sublimidad del héroe y por la presencia continua de la quema de las naves, que es la acción. Quanta variedad de escenas no se presentan con las pinturas mexicanas de *Tendile* y *Pilpatoé*, que anticipan todas las dificultades de la Conquista con la naturalidad de los miedos y consultas de Montezuma, con la novedad de la embajada por Cuintalbor su favorito, y parecido a Cortés: finalmente con la reunión de todos los puntos de la historia, ya vistos en geroglíficos, ya expresados en amenazas de unos a otros personajes, o ya exclamados por el poeta en varios Apóstrofes salpicados, para fixar la idea a los puntos más principales». Hasta los episodios —indica igualmente el editor— son parte de la acción en este *Canto*: los vaticinios de Santo Tomé, los presagios de la Ruina del Imperio, la superstición de sus ídolos y sacrificios, la torpeza y orgullo de «sus Papas», el despotismo de su dominación, los conocimientos que hallaron en geografía, astronomía, pintura y arquitectura, sus guerras, minas, fábricas, piras, lujo y conquista: «*todo está pintado con ligeros rasgos poéticos*».

El héroe

Naturalmente que el héroe de quien se trata es *Fernando Cortés*, cantado —lo mismo da— por Jerónimo de Aguilar (que se define como español, amigo y soldado de Cortés, y testigo de la acción) o por el paisano de éste, el ecijano de 1808, que se complace por su cuenta en elogiar al conquistador «porque es un héroe a quien amo y venero, especialmente desde que habito en México». El comienzo del *Canto*, en octavas, es el siguiente:

*¡Venga todo Español a acompañarme
a laurear la estatua de Fernando!
¡Los Europeos vengan a escucharme
el victor de Cortés en alto bando!
¡Vengan los hombres todos a mirarme
la cruzada bandera tremolando
del vencer o morir, que el héroe mismo
alzó, echando sus naves al abismo!*

La gesta de Cortés: la conquista de un Nuevo Mundo —obra en verdad heroica— es equiparada a las acciones de héroes como Aquiles o *gentes* como Alejandro, Luis el Santo o don Fernando el Católico. Su nombre aparece ligado al de la victoria, al que le sigue la fama, «bella pintura y verdadera historia». Y su obra constituirá el «quadro más honroso que han producido los humanos», por más que su retrato codicioso lo ha-

yan pintado «enemigas manos». Desde el punto de vista de Aguilar, intérprete y testigo ocular a quien se debe el *Canto*:

*Yo en la ría le vi la vez primera:
le ví en Tabasco yo la vez segunda:
y ambas a dos baxar de la alta esfera.
Un resplandor que al Capitán circunda:
indios arroja entonces, de manera
que una Deidad parece furibunda:
Creente todos tal, y en el estrago
llámanle Huichilobos, y Santiago.*

Este Señor, o Teclé del Oriente, o es inmortal o es hombre tan notable «que su valor y su saber profundo le hacen capaz de dominar un Mundo». Es la figura sublimada del capitán por antonomasia, del *general hispano*, que manda a las tropas según «evoluciones regladas a la tácita de Europa», con ballestas, caballos y cañones, y distinguiéndose por la «gran majestad de su semblante». Y el premio a su *valor y pericia* será México: un país inmenso, con la «serranía allá de su conquista», las poblaciones y las distintas «repúblicas dependientes de la Corte. ¡Y que confiese Europa, *al verlas en pintura*, que sus pirámides truncas a las *egipcianas* superan! Cortés es, en fin, el héroe contra el despotismo y las *tiranas vexaciones*. Es el «héroe: tan digno del sagrado nombre, / que te impusieron indios mexicanos / por tus proezas, sin igual en hombre».

Metáfora e ideas

El autor del canto de 1808 era consciente no sólo de sus limitaciones y de las dificultades de su empeño, sino del problema de armonizar la «invención» con la verdad de la fábula. De aquí que la metáfora esté supeditada a la historia y a la «clasificación de los caracteres». Y en su explicación previa el editor puntualiza que, aparte de lo añadido, «también se hallará la creencia de la aparición de Santiago en Tabasco, la conjuración contra Cortés, la idea que tenían los mexicanos sobre el conquistador y los españoles para creerlos dioses, la valentía de Tlascalca (República amurallada como la China y la Grecia), los regalos verdaderos de una y otra parte, el efecto que les causaba cada cosa desconocida, el pensamiento de que Cortés traspuso las naves desde Ulúa a la Laguna, porque hizo otros trece bergantines, con los que ganó la capital, y por último tan nuevo en la Poesía». La fidelidad a lo ocurrido, la exaltación de la gesta, el canto al valor, el grito de la victoria, el *nombre de España*, en suma, «éstas son las razones que me han animado a publicar el Canto a Cortés en Ulúa; y si yo me equivoco en este juicio, el daño será para mí que lo imprimo». Y naturalmente que su idea —sus razones— divergían tanto, al filo de 1808, de la que en México empezaba a generalizarse acerca de «su» héroe²⁶ como de la que, años después, en la misma España aparte

²⁶ En 1862, William Dalton, haciéndose eco de estas otras razones, comentaba la opinión sobre el particular de Humboldt, de que «we may traverse Spanish America from Buenos Ayres to Monterey, and in no quarter shall we meet a national monument which the public gratitude has raised to Ch. Columbus or Hernando Cortés» (*Cortés and Pizarro. The stories of the conquests of México and Perú with a sketch of the early adventures of the Spaniards in the New World*, London, 1862, p. 209).

de en otros países contaría con adeptos contrarios a la gesta cortesiana iniciada en Ulúa²⁷. Y por cuanto concierne a los valores literarios del Canto, G. de Aguilar era perfectamente consciente —como por su parte lo había sido López de Gómara al decir que «toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita»— de que «no soy yo tan conocedor del lenguaje, para alabarle como un modelo constante de sublimidad poética, pero como oigo decir a los inteligentes que hay pocos españoles de nuestro siglo de oro que lo posean, no me detengo en eso». Las ideas se sobreponían en su propósito a la metáfora a pesar de que su conocimiento de la lengua —como intérprete— le llevara a utilizar un largo vocabulario de voces indígenas que para guía del lector e inteligencia de la lectura daba a continuación del canto. Pero a su conocimiento y sentimiento de la *fábula* se unía por encima de todo la idea de que «libre de los internos enemigos, / yo sé que con mis lanzas españolas, / venceremos mejor a estos salvajes, que a moros en Granada Abencerrajes».

MANUEL MORENO ALONSO

Sobre la música, el deseo y el absoluto

(Respuesta a Pablo Sorozábal Serrano)

*Deberíamos tener cuidado de no colocarnos
como nuestro propio fin.*

RABÍ MENDEL DE KOTZK

Pablo Sorozábal Serrano, es un inteligentísimo ensayo publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* sobre Juan Sebastián Bach —algún día habrá que diagramar en formato libresco estos ensayos tan singularmente lúcidos— señala que en mi

²⁷ Tal podía ser la versión de don Adolfo de Castro, para quien «la imaginación de los poetas se puede halagar con el recuerdo de la fe cristiana propagada por medio de una conquista; en tanto que la filosofía, descubridora y amante de la verdad, conoce claramente que la cruz presentada por los españoles a los indios en los primeros tiempos del descubrimiento era símbolo, más que de redención, de cautiverio. Los españoles dieron a las demás naciones de Europa un sangriento ejemplo de conquistas» (*Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia de España*, Cádiz, 1852, p. 149).